FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

Los vocablos "opinión" "pública" "expresan una realidad tan evidente, como sospechosa. Términos de un concepto que busca codificar debates sobre una condición de la democracia, de un sujeto activo de la sociedad civil, de un fondo histórico que justifica la industria de encuestas de "opinión pública". Sospechoso es lo evidente de la realidad que nombra y borra "opinión pública": todos y nadie, nosotras y ninguna, cada quien como nadie entre nosotros. No hay reemplazo al moderno sujeto "opinión pública" y no existe en nuestros tiempos contemporáneos enfoque, perspectiva o actividad que cubra del todo tal experiencia en que lo común se hace opinando y opinar hace circular lo común.

Desde los textos sapienciales mesopotámicos al Príncipe de Machiavello, de los sofistas helénicos al cahuin Mapuche y Tupí, de los cantos australianos que guían el caminar transhumante a los chasquis Incas, del rumor a la encuesta de opinión, del people meter a los softwares que miden impacto de plataformas digitales tipo "redes sociales", y así. Lo común, puesto en escena para compartirnos y actualizar la virtualidad de toda comunidad, ha estado asociado a lo que buscan capturar los diferentes conceptos, enfoques e investigaciones referidos a la OP.

Quienes escribimos en este libro buscamos recuperar la expectativa del interrogante por investigar aquello que persiste en lo asombroso: la circulación de lo común. Como el rumor: mancha extendiéndose inconmensurable, avances rizomáticos de regueros nutrientes de florescencias y brotes de sentido fundando lo social, abriéndose paso escurriendo, discurriendo, discurseándonos.

Esperamos que este libro trabaje como un vector para volver sobre tal condición inconclusa e inminente de la Opinión Pública.

9 789561 910386

PINIÓN PÚBLICA ONTEMPORÁNEA

COMPRENSIÓN E INVESTIGACIÓN

Burguesa, plebeya, proletaria, alternativa, subalterna. Conceptualizaciones histórico-analíticas sobre la noción de esfera pública y su contribución a los debates actuales sobre opinión pública

Chiara Sáez Baeza

Introducción

Habermas entiende por esfera pública, antes que todo, "*un reino de nuestra vida social en la que se puede formar algo que se aproxima a la opinión pública*" (1974, p. 120), de manera que desde el principio de su trabajo académico, hubo una conexión entre ambos conceptos.

Según Steninger (2008), por su parte, en una lista que "*no es de ninguna manera exhaustiva*" (p. 2), *el término* esfera pública es utilizado en combinación con muchos atributos, tales como: formalizada, no formalizada, burguesa, proletaria, plebeya, construida, activa, pasiva, latente, moderna, representativa, sofisticada, democrática, liberal, escenificada, masiva, simbólica, participativa, performativa, clásica, no clásica, organizada, no organizada, alternativa, semánticamente activa, de dominación reducida, oscilante, radicalmente burguesa, post-burguesa, feminista, simple, intermedia, compleja, socialista, capitalista, nueva, periodística, oficial, subversiva, independiente, comunitaria, nacional, transnacional, integrada, fragmentada, diversificada, dividida, diferenciada y europea. Este listado puede ser considerado un buen indicador de la amplia discusión en torno al concepto de esfera pública.

Desde el Observatorio de Opinión Pública de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, identificamos una triada clásica de conformación de la esfera pública –élites, partidos políticos y encuestas de opinión–, a la cual consideramos necesario incorporar otros dos agentes: los contrapúblicos subalternos y las redes sociales digitales, para un necesario acercamiento integral y complejo a la conformación de la opinión pública.

Este capítulo apuesta por profundizar en términos teóricos e históricos en torno a estos dos últimos agentes, que tienen sentido a partir de una complejización de la reflexión sobre el concepto de esfera pública plebeya, con el propósito de avanzar hacia una mayor comprensión del rol que han jugado históricamente otros actores sociales en la conformación de la opinión pública. Para ello, identificamos las prin-

1 Todos los casos en que se cite un texto en inglés, francés o alemán, hay una traducción propia del texto original.

cipales críticas a la teoría de la opinión pública de Habermas desde la teoría social, recurriendo también a los debates sectoriales realizados desde la teoría de la comunicación alternativa y la historia de la comunicación.

El concepto de esfera pública: definición y problematización

El concepto de **esfera pública** se instala en la teoría social a partir del trabajo de Jürgen Habermas "*Historia y Crítica de la Opinión Pública*", publicado originalmente en alemán en 1962. La primera versión en castellano del libro de Habermas fue traducida en Barcelona por la editorial Gustavo Gili con el título de "*Historia y Crítica de la Opinión Pública. La transformación estructural de la vida pública*" el año 1981. A través de esa vía se produjo la recepción de este texto en América Latina, ya que en esa época la editorial tenía oficinas en México, Colombia, Argentina y Chile (si bien al menos en estos dos últimos países el contexto dictatorial no permitía pensar en un debate abierto sobre el tema). La publicación en inglés fue posterior –1989– y generó la producción del seminario y consiguiente publicación de bastante impacto en el ámbito anglosajón denominada "*Habermas and the Public Sphere*", editada por Craig Calhoun en 1992 y publicada por el MIT, en que autores de origen inglés, francés y alemán sistematizaron una serie de críticas y valoraciones en torno al concepto habermasiano de esfera pública, incluyendo también los descargos de su propio creador.

Habermas construye el concepto de esfera pública como categoría analítica y como categoría histórica, mediante la observación y la interpretación de procesos sociales emergentes durante la modernidad europea. En términos analíticos, va a sostener que el desarrollo histórico de la cultura material burguesa habría provocado la progresiva autonomía entre el sistema económico y el sistema político. Entre ambos emergía un ámbito social en el cual se reunían y exponían los intereses comunes (o públicos) de los sujetos privados en lo tocante a la regulación del mercado así como sus posiciones ante el poder político (Habermas, 2002). Este ámbito social era la esfera pública: un espacio público de discurso.

Sin embargo, la base social originaria del tipo ideal construido por Habermas estaba compuesta exclusivamente de pequeños propietarios privados que convertían sus intereses privados en objeto de común raciocinio, lo cual terminó teniendo consecuencias sobre el tipo de esfera pública o el tipo de discursos que se pusieron en circulación dentro de ésta, ya que "*desde el punto de vista ideal, estas normas funcionan como principios de procedimiento sobre los que edificar las relaciones sociales de la sociedad civil (Zivilgesellschaft). Sin embargo, al mismo tiempo funcionan como ideología de la burguesía, patriarcal y dominada por la raza blanca en el mundo*" (Hanada, 2002, p. 145).

En términos históricos, la argumentación de Habermas apuntaba a denunciar el declive histórico de su propio constructo de esfera pública: la separación entre el Estado y la sociedad civil –que había creado un espacio para la esfera pública burguesa– empezó a derrumbarse en la medida en que los Estados fueron asumiendo un creciente carácter intervencionista y en la medida en que los intereses de grupos organizados se convirtieron en parte constitutiva del proceso político. Al mismo tiempo que las instituciones que una vez ofrecieron un fórum a la esfera pública burguesa (como la prensa, por ejemplo) iban desapareciendo o sufriendo un cambio radical, producto de su mayor propagación y comercialización.

Todo eso habría contribuido a un declive de lo público, en el cual los medios de comunicación de masas habrían tenido una importante responsabilidad. Todo lo anterior nos coloca así ante una modernidad incompleta, incapaz de cumplir sus promesas de emancipación de otro modo que no sea la recuperación del sentido original de constitución del espacio público como el lugar del intercambio dialógico. Esta reflexión es la que abre paso a su teoría de la acción comunicativa ("*la razón comunicativa*"), dejando atrás su reflexión sobre "*la razón práctica*" (Pinter, 2004, p. 224). De manera que en su obra hay un tránsito "*de una teoría de la esfera pública que se basa en una filosofía materialista modificada de la historia a una teoría de la esfera pública que se basa en la teoría discursiva del derecho*" (Pinter, 2004, p. 225).

Habermas se ubica teóricamente dentro de una segunda ola de la Escuela de Frankfurt, cuyo canon respecto a la "industria cultural" y la "cultura de masas" se encuentra representado en la obra previa de Adorno y Horkheimer. Para estos autores, la industria cultural es vista como la otra cara de la dominación capitalista sobre el sujeto moderno y cada uno de sus productos "*es un modelo de la gigantesca maquinaria económica que mantiene a todos desde el principio en tensión, tanto en el trabajo como en el descanso que se le asemeja*" (Adorno y Horkheimer, 2007, p. 140). Trazar las relaciones entre estos autores y Habermas nos permite comprender mejor de dónde viene su visión pesimista respecto del rol de los medios de comunicación de masas en las democracias del siglo XX en su reflexión sobre el declive de la esfera pública.

El primer cuestionamiento al concepto de esfera pública de Habermas, vino –paradójicamente– de parte del círculo intelectual de la Escuela de Frankfurt. A pesar de los matices entre ellos, estos autores –contemporáneos de Habermas–, se caracterizaron por llamar la atención respecto de las formas propias de sociabilidad de los sectores populares y obreros en formación durante los siglos XVII, XVIII y XIX, que de acuerdo a sus investigaciones, habían permitido también a estos sectores históricamente privados de derechos, debatir asuntos públicos y ejercitar una notable influencia política.

En 1972, Oskar Negt y Alexander Kluge, publicaron "*Öffentlichkeit und Er-*

fabrung: Zur Organisationsanalyse von bürgerlicher und proletarischer Öffentlichkeit", que llegará a ser publicado en inglés en 1993 bajo el título "*Public Sphere and Experience. Toward an analysis of the bourgeois and proletarian public sphere*"[2]. Si bien Negt fue asistente de Habermas y Kluge un amigo y discípulo de Adorno, se tiende a ubicarlos en lo que se ha dado en llamar "la vertiente cálida de la Escuela de Frankfurt" (Neumann en Holder, 2009), por estar más interesados en la subjetividad política y lo inesperado, antes que en la problemática estructural –hasta cierto punto determinista– de sus autores clásicos.

En este libro, del que sólo existe una versión completa en inglés y la traducción de apenas una parte en castellano (VV.AA., 2001), Negt y Kluge plantean varias ideas en diálogo crítico con la tesis general de Habermas, en términos teóricos como históricos. Es así como sostienen que su concepto de esfera pública burguesa está construido sobre la negación de la experiencia cotidiana, constituyendo "*una abstracción de la experiencia real*", cuya principal consecuencia es "*reproducir la explotación y el bloqueo del contexto de vida de las clases subalternas*" (p. 195). Luego de esta exclusión de intereses vitales sustanciales, el concepto de esfera pública burguesa devuelve "*una imagen mistificada de la realidad*" (p. 195) que se concibe a sí misma como totalidad.

Insistiendo en la necesidad de comprender las formaciones públicas post-liberales y post-letradas en otros términos que no sean la desintegración o el declive (la tesis de Habermas), distinguen entre una esfera pública burguesa clásica y otra actual. Para Negt y Kluge, la esfera pública burguesa de cafés, salones y prensa escrita de los siglos XVIII y XIX en Habermas está basada en un modo de producción "casi artesanal", mientras que en el capitalismo tardío de la segunda mitad del siglo XX, es posible hablar de una esfera pública industrializada, con un nivel más organizado de producción, con dispositivos comunicacionales como la televisión e incluso los dispositivos informáticos incipientes del momento.

No obstante, para los autores, lo común en ambos momentos es que en la esfera pública dominante se da un rechazo del contexto de vida de quienes forman parte del sector de la producción, así como su utilización y explotación por parte de intereses privados: "*el contexto de vida forma parte evidentemente de la producción y de la esfera pública, pero al mismo tiempo queda excluido porque no es reconocido en su totalidad concreta como un todo autónomo*" (Negt y Kluge, 1993, p. 17). Allí radica su principal impacto en términos culturales, políticos e ideológicos:

"*Éste es el fundamento del pauperismo destructor de experiencia de la industria de la cultura. En la industria de la programación y la conciencia, pero también en la práctica pública de otras esferas de producción donde se despliega el poder y se genera ideología, la conciencia de la mano de obra se convierte en materia prima y el lugar donde estas esferas públicas se realizan*" (p. 17-18).

El seminario y posterior publicación editada por Craig Calhoun en 1992 a partir de la traducción del texto de Habermas a la lengua inglesa en 1989, sintetizó una serie de críticas a la obra del autor alemán.

Para Calhoun la parte más importante del libro de Habermas es la primera parte, donde éste constituye la categoría histórica de esfera pública e intenta sacar de ella un ideal normativo, destacando "*su potencial como un modo de integración social*" al concebir que "*el discurso público es una forma posible de coordinación de la vida humana, como lo son el poder del estado y el mercado*" (Calhoun, 1992: 6). Por otro lado, va a criticar la falta de habilidad de Habermas para encontrar en las sociedades capitalistas avanzadas las bases institucionales para una esfera pública que responda a la realidad del capitalismo tardío. En este sentido, dice Calhoun (1992), hay una sobreestimación de la degeneración de la esfera pública, ya que "*las consecuencias públicas de los medios masivos no son necesariamente negativas en términos uniformes*" (p. 32) y puede haber más espacio de lo que Habermas se da cuenta para el desarrollo de otros medios y formas de comunicación.

Muy vinculado a lo anterior, Calhoun se va a referir al descuido de Habermas respecto de los movimientos sociales y su influencia en la conformación de la esfera pública, en tanto "*cruciales para reorientar la agenda del discurso público, trayendo nuevos temas a escena*" (1992, p. 37). En este sentido, acusa Calhoun, en la teoría habermasiana de la esfera pública hay "*una falta de atención a la agencia, a las luchas por las cuales tanto la esfera pública como sus participantes son activamente construidos y reconstruidos*" (p. 37). Algo similar va a manifestar Michael Schudson (1992) al señalar que la consideración de los movimientos sociales políticos –especialmente los movimientos de la clase obrera– habría enriquecido y profundizado el análisis de Habermas sobre la esfera pública en su transición del capitalismo liberal al capitalismo intervencionista.

Otras líneas críticas relevantes en este libro, respecto del planteamiento general de Habermas, se encuentran en las reflexiones de Nancy Fraser y Nicolas Garnham. Así, Fraser sostiene que la teoría liberal de la democracia sobre la cual está basada la noción de esfera pública de Habermas pone entre paréntesis la desigualdad material y el modo en que ella afecta el nivel de acceso a la toma de decisiones. Para Fraser el supuesto liberal sobre el cual se construye la categoría habermasiana de esfera pública es ficticio ya que la deliberación está siempre atravesada de la desigualdad material y cultural.

2. Previamente, Armand Mattelart y Seth Siegelaub habían publicado en inglés un extracto de esta obra en 1983, como parte del segundo volumen de *Communication and Class Struggle*.

Un punto especialmente relevante en la argumentación de Fraser se refiere a la existencia de uno o varios "públicos", ya que en la medida que exista desigualdad y una sola esfera pública única y comprehensiva, es más probable que los procesos de deliberación tiendan a operar en favor de los grupos con mejores condiciones materiales y los miembros de los grupos subordinados no tendrán espacios propios para establecer sus necesidades, objetivos y estrategias. A su juicio, la investigación histórica acumulada demuestra que resulta más ventajoso para los grupos subordinados constituir "públicos alternativos", para lo cual acuña el concepto de "contra-públicos subalternos", concebidos como *"espacios discursivos paralelos donde los miembros de los grupos sociales subordinados inventan y hacen circular contra-discursos, lo que a su vez les permite formular interpretaciones opuestas de sus identidades, intereses y necesidades"* (Fraser, 1992, p. 123).

Otro elemento interesante en el que Baker y Warner tienden a coincidir con Fraser, se refiere a la crítica a Habermas desde la teoría feminista. Por un lado, el hecho de que la esfera pública burguesa fuera esencialmente masculina como parte de su propia dinámica universalista e ilustrada, donde lo femenino representaba lo particular y lo emocional (Landes en Baker, 1992). Por otro lado, el carácter construido e interesado de la distinción público–privado y sus implicancias respecto de la valoración social histórica de la vida doméstica, del espacio de los cuidados, del ámbito de la violencia intrafamiliar, entre otros (Fraser, 1992). Todo lo cual podría resumirse en la afirmación de Warner (1992) respecto a que *"la esfera pública burguesa afirmó no tener relación con la imagen del cuerpo en absoluto"* (p. 382).

La crítica de Garnham, por su parte, problematiza la cuestión del conflicto y las otras formas de comunicación, poniendo en evidencia el vínculo de Habermas con los supuestos elitistas de la Escuela de Frankfurt sobre la sociedad de masas. De manera que parte señalando que, por un lado, Habermas idealiza la esfera pública burguesa y, por otro, rebaja la importancia de la esfera pública plebeya, construida a partir de otro tipo de valores y formas institucionales, lo que le dificulta la posibilidad de teorizar sobre una esfera pública plural. Al mismo tiempo, al estar tan centrado en el discurso racional orientado hacia la búsqueda del consenso, omite las formas de comunicación que operan fuera de ambas categorías, de modo que: *"niega los aspectos retóricos y lúdicos de la acción comunicativa, estableciendo una distinción muy precisa entre información y entretención, negando por ejemplo el vínculo entre ciudadanía y teatralidad en la noción de festival público de Rousseau"* (Garnham, 1992, p. 360). Por último, Garnham apunta a la problemática (emergente en 1992, pero completamente instalada en la actualidad) respecto de la relación entre sistemas de comunicación globales y el fortalecimiento de una gobernanza democrática del mismo alcance.

Otros dos autores relevantes, en su diálogo crítico con la teoría general de la esfera pública de Habermas, han sido Arlette Farge y John Thompson. A partir del análisis historiográfico en torno a la segunda mitad del siglo XVIII en París, Farge (1992) va a poner en cuestión al menos dos elementos centrales de la tesis habermasiana, a saber: Por una parte, el carácter aséptico de la esfera pública realmente existente en ese espacio y lugar, mostrando de qué modo los espacios de la sociabilidad burguesa no operaban únicamente como espacios de discursividad racional orientada al consenso, sino que estaban plenamente atravesadas de otro tipo de elementos, incluyendo malas palabras y groserías; Por otra, mientras Habermas se ocupa de la esfera pública desde la perspectiva de los sectores letrados, Farge se concentra en la gente común y sin educación. Recurriendo a varios tipos de fuentes en que los sujetos populares hablan por sí mismos (crónicas, periódicos, informes, partes policiales, volantes, archivos de la Bastilla) muestra el modo en que su sujeto de estudio desarrolló la capacidad para celebrar y declarar opiniones claras sobre lo que estaba sucediendo en su ciudad: eventos visibles, reales y cotidianos como ejecuciones, aumentos de precios y revueltas. Sin embargo, el gobierno prefería considerar a los parisinos ordinarios como poco sofisticados, impulsivos o ineptos[3]. Farge muestra que en los años previos a 1789, la administración temía cada vez más la movilización de estas personas. Oficialmente negaba la existencia de una opinión pública popular distinta, pero en la práctica mantenía las calles de París bajo vigilancia regular a través de un sistema de espías, inspectores y observadores: *"Sin existencia ni estatuto, la voz popular es una entelequia política, al mismo tiempo que un lugar común de la práctica social. Perseguida por el poder político, adquiere forma y sentido y se elabora en el corazón de este sistema que, contradictoriamente, la niega y la tiene en cuenta, y por tanto, en cierto modo, la crea. Inexistente y existente, la voz popular sobre los asuntos de la época vive en tierra de nadie: entre el fuera de juego político y el lugar común de una práctica siempre sospechosa"* (Farge, 1992, p. 16-17).

Las reflexiones de Farge sobre la esfera pública pre-revolucionaria en Francia son reforzadas por trabajos como el de Cases (2009), quien destaca la "doble caracterización" de la esfera pública burguesa: *"se presenta, por una parte, desde el punto de vista político, como un espacio de discusión sustraído a la autoridad del príncipe, y se sostiene, por otro lado, desde el punto de vista sociológico, a partir de una distinción según la cual la multitud, ciega, ruidosa, profundamente inestable, es incapaz de ejercer el uso público de la razón"* (p. 3). Asimismo, señala como un importante déficit de la formulación habermasiana su *"difícilmente justificable"* silencio acerca de la opinión popular (p. 4) que no le permite observar las numerosas tensiones desatadas en la

3) No sólo el gobierno, sino también la propia intelectualidad ilustrada. "Todo aquello que pudiera tener alguna relación con la opinión emitida por el vulgo está caracterizado peyorativamente: loca, inepta o impulsiva. Condorcet, en la Enciclopedia llega a definir la opinión pública popular como "la de la parte más estúpida y más miserable del pueblo" (Matteart, 2007, p. 55).

esfera pública pre-revolucionaria. Más aún, Cases denuncia que en este contexto, el silenciamiento de los sectores plebeyos no vino sólo de la alta aristocracia, sino también de los *philosophes*: ambos sectores pretendían monopolizar los foros de discusión pública y legitimarse como agentes exclusivos de la opinión pública en circulación.

La crítica de John Thompson se encuentra en dos trabajos distintos. En el primer caso, una crítica más teórica y en el segundo más histórica. El autor coincide con otros autores y autoras respecto del carácter patriarcal, propietario e ilustrado del concepto de esfera pública planteado por Habermas, así como la poca consistencia argumentativa de la tesis sobre el declive de la esfera pública como espacio de ejercicio de la democracia a partir del desarrollo de los medios de comunicación de masas y su consumo pasivo por parte de receptores cautivados por el espectáculo: *"un acercamiento más contextualizado y hermenéutico podría mostrar que el proceso de recepción es una actividad mucho más complicada y creativa"* (Thompson, 1993, p. 183). En la línea planteada por Calhoun, Thompson enfatiza al respecto la necesidad de pensar lo público en un mundo caracterizado por nuevas formas de comunicación en que la información y el contenido simbólico circula a través de redes globales de alta velocidad en que los individuos son capaces de interactuar con otros, observar personas y eventos, sin encontrarse jamás con ellos en el mismo espacio local-temporal.

En línea con los hallazgos del trabajo de Farge, Thompson también sostiene que Habermas le da poco valor a formas de discurso público y actividades sociales que existieron en la Europa de los siglos XVII, XVIII y XIX que no pertenecían a la sociabilidad burguesa, a la que se oponían y de la que eran excluidas. Asimismo, sostiene que estas formas no eran sólo una variante de la sociabilidad burguesa, sino que eran autónomas y en conflicto con ésta: *"no se puede asumir que estos movimientos fueran derivados u organizados a lo largo de líneas similares, de las actividades que tenían lugar en la esfera pública burguesa. Por el contrario, las relaciones entre esta esfera pública burguesa y los movimientos sociales populares eran con frecuencia conflictivas"* (Thompson, 1998, p. 103).

Otra de las críticas de Thompson se relaciona con una cierta idealización de la prensa escrita en Habermas. Para el crítico, la tesis de la prensa como una continuidad del debate racional y orientado al consenso de espacios de sociabilidad como cafés y salones expresa apenas una parte de las redes informativas de la época: *"estos periódicos no fueron de ninguna manera los primeros ni los más comunes de las primeras formas de material impreso"* (p. 104). Por el contrario, Thompson destaca como atributos de la prensa de la modernidad temprana un carácter comercial y sensacionalista, que Habermas sólo atribuye a la prensa de masas de fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Más aún, Thompson señala que las razones de este último para excluir estas primeras formas de material impreso no son claras y que, en caso de haberlas incluido en su análisis *"podría haber pintado un retrato distinto del carácter de la esfera pública a principios de la era moderna"* (p. 104).

En estas diversas críticas al constructo general de la esfera pública habermasiana se configuran varios elementos conectados entre sí. El principal apunta a su carácter fragmentado: la construcción histórica del concepto de esfera pública burguesa excluye a las mujeres, los no-propietarios, los hombres no-europeos, los movimientos sociales, las formas no-letradas de conformación y circulación de la opinión pública y, en parte como consecuencia de todo lo anterior, excluye la vida cotidiana y la experiencia real de la mayoría de las personas. Asimismo, varias críticas dejan enunciadas las potencialidades de los desarrollos tecnológicos digitales de carácter global para reconfigurar la manera en que se constituye la opinión pública.

Hay una correspondencia importante entre el concepto de esfera pública burguesa y lo que en el Observatorio hemos identificado como el trinomio tradicional de la opinión pública, a saber: elites-prensa-partidos. Las críticas, por su parte, se corresponden con esos dos agentes que hemos identificado como necesarios de incorporar a un estudio crítico y complejo de la opinión pública: contra-públicos subalternos y redes sociales digitales. De algún modo, las crítica se sustentan en una pulsión en torno a la problematización de lo que Habermas denominó esfera pública plebeya, dejándolo enunciado en la primera edición del libro y avanzando apenas un poco más en su reconocimiento y conceptualización en una posterior versión de su trabajo.

El concepto de esfera pública plebeya: potencialidad y limitaciones

Habermas utiliza este concepto por primera vez en el prefacio a la primera edición alemana de su libro (que es la que se traduce al castellano en 1981). Allí, sostiene que su investigación *"se remite a los rasgos que adquirieron carácter dominante en una forma histórica y no presta atención a las variantes sometidas, por así decirlo, en el curso del proceso histórico de una publicidad plebeya"* (1981, p. 38), poniendo como referencia de esta última a la fase de la revolución francesa ligada al nombre de Robespierre, el movimiento cartista en Inglaterra y las tradiciones continentales del movimiento anarquista. De manera que la esfera pública plebeya es entendida como una variante de la esfera pública burguesa, en que *"no son ya su sujeto los 'estamentos instruidos', sino 'el pueblo' sin instrucción"* (p. 38). Nada más se dice al respecto.

En el prefacio a la segunda edición alemana de 1990 (que se publica en castellano en 2002), la esfera pública plebeya ya no es vista como una variante, sino que posee consistencia propia. Allí, reconociendo el aporte de los trabajos de E.P.Thompson y G. Lottes, Habermas dirá de ella *"es, por un lado, una variante de la publicidad burguesa, porque se orienta según su modelo. Pero por otra parte, es algo más que eso, porque despliega el potencial emancipatorio de la publicidad burguesa en un nuevo*

contexto social. En cierto modo, la publicidad plebeya es una publicidad burguesa cuyos presupuestos sociales han sido superados" (Habermas, 2002, p. 6). Por último, Habermas también reconoce el aporte de Bajtín en su valoración de "*la dinámica interna de cultura popular*", entendida como "*una revuelta repetida periódicamente y violentamente reprimida de un contraproyecto al mundo jerárquico de la dominación*" (p. 7). Aunque no llega a explicitarlo, se desprende de lo afirmado que para Habermas, la cultura popular es la base de la esfera pública plebeya y que ni esta cultura ni la esfera pública que ella sostiene son "un marco pasivo" de la cultura dominante.

Posiblemente, el trabajo de E.P. Thompson que Habermas menciona, es La Formación de la Clase obrera en Inglaterra (1963/2012), en que el padre de la Nueva Historia Social dedicaba un capítulo a la cultura radical insurgente, con especial referencia al rol jugado por los espacios de sociabilidad obrera y la prensa popular-obrera no autorizada (los *unstamped papers*) de fines del XVIII y principios del XIX en Inglaterra, como forma de expresión del Radicalismo Insurgente Popular (en adelante, RIP). Si bien Thompson no debate directamente con Habermas (sus obras fueron publicadas casi simultáneamente en dos idiomas distintos), en su investigación hay varias claves que permiten explicar el cambio en el estatus y valoración que Habermas dio a la esfera pública plebeya entre ambas ediciones de su libro.

Thompson concibió el RIP como una cultura intelectual obrera que abogaba por la autoformación obrera en términos de instrucción y lecto-escritura en formato prensa, pero que también se expandía hacia otras formas culturales y comunicacionales menos ilustradas como el canto y la poesía popular, el teatro de melodrama social o la caricatura política. El caso específico de los *Unstamped Papers* se refiere a un alza en el impuesto al papel prensa que los sectores del RIP se negaron a pagar, de manera que siguieron publicando y distribuyendo prensa en papel "sin sellado", al punto que desde 1792 y hasta 1836 "*quizás fueran procesadas unas quinientas personas por la producción y venta de los* unstamped" (1963/2012, p. 779). Esta experiencia sirve a Thompson para problematizar por un lado los condicionamientos legales en contra de la cultura obrera de carácter radical (mientras la prensa popular moralista era incluso apoyada con subvenciones públicas en su tránsito a la prensa comercial de masas) y, por otro, para visibilizar el rol jugado por hombres y mujeres "*descarados, vulgares y excesivamente 'fervorosos' o 'fanáticos*'" (p. 783) en la defensa y legitimación de la libertad de expresión -"los derechos de la prensa, de la palabra, de reunión y de libertad personal", una campaña "*que no tiene parangón en cuanto a su testarudez, su virulencia y su atrevimiento indomable*" (p. 770) la que habría sido invisibilizada y luego apropiada por la prensa liberal en el paso del siglo XIX al siglo XX.

Entre el prefacio de 1962 y el de 1990 hubo otros autores que –a diferencia de E.P. Thompson– criticaron explícitamente la noción de esfera pública plebeya de Habermas.

Dentro de la propia tradición de la teoría crítica, Negt y Kluge (1972/1993) acuñaron en su libro el concepto de "esfera pública proletaria" en diálogo crítico con el concepto de esfera pública plebeya de Habermas. Como señalé más arriba, el sentido central del libro de Negt y Kluge es denunciar el "*bloqueo, explotación y exclusión de las formas de vida y experiencia específicas de los grupos sociales subalternos, impuesta históricamente a través de los mecanismos de mediación política de la esfera pública burguesa*" (VV.AA., 2001, p. 191). Pero para estudiar la esfera pública proletaria, postulaban que había que reconstruirla en la continuidad de esas rupturas, casos marginales e iniciativas aisladas.

Según Negt y Kluge, Habermas concibe la esfera pública proletaria como una variante de la esfera pública plebeya. A juicio de los primeros, el término proletario parece tener un significado analítico más específico que plebeyo, ya que este último remite a la heterogeneidad de las clases urbanas inferiores, más permeadas tanto por la burguesía como por el lumpen-proletariado. Pero lo que le interesa sobre todo a estos autores es "*una conceptualización completamente distinta del contexto social global, que se ha establecido en la historia pero que no se ha incluido dentro de los parámetros del término esfera pública [...] una concepción de la esfera pública que está arraigada en el proceso de producción*" (Negt y Kluge, p. 2), mediante una dialéctica entre los métodos históricos y sistemáticos de análisis, en que la precisión conceptual es supeditada al movimiento histórico real. Por tanto, no busca ser más preciso que el concepto de esfera pública plebeya, sino más bien poner de manifiesto que esfera pública proletaria es un concepto que obedece a un conjunto alternativo y más específico de intereses.

En este punto es donde emerge el valor del concepto de experiencia. Para Negt y Kluge, "*la esfera pública posee valor de uso cuando la experiencia social se organiza dentro de ella*" (p. 3). Es decir, "*cuando se mantiene vinculada a la experiencia y al desarrollo de las luchas sociales reales*" (VV.AA., 2001, p. 192), "*conectando en todo momento con las raíces de la experiencia real de las gentes*" (p. 195). A su juicio, la esfera pública burguesa excluye parte importante de esta experiencia social real de las mayorías y al mismo tiempo pretende representar a la totalidad. En este contexto, la historia de la esfera pública proletaria ha sido la del permanente bloqueo (por parte de los sectores dominantes) de los elementos que la mantienen unida; es decir, su anulación como proyecto paralelo y con sus propias pretensiones.

La esfera pública burguesa organiza la experiencia social en nombre de un interés dominante específico, en vez de organizarla con el propósito de la emancipación general: "*la falta de interés de la burguesía en una esfera pública sustantiva y viva coincide con una necesidad significativa de una esfera pública que debería representar una síntesis de la totalidad de la sociedad*" (Negt y Kluge, 1972/1993, p. 74).

El trabajo de Lottes (1979), por su parte, sigue la huella de E.P. Thompson y

consiste en un análisis de la *intelligentsia* radical y su relación con la esfera pública plebeya en la Inglaterra de fines del siglo XVIII, identificando dos fases. Una primera, entre 1770 y 1780, en que los intelectuales radicales postularon una regeneración de la Constitución a través de la educación popular y las reformas parlamentarias, pero el vínculo entre ellos y la esfera pública plebeya fue más externa que orgánica: a nivel de propaganda, pero no a través de nuevas formas de comunicación o estructuras de participación popular. Esta *intelligentsia* había sido reclutada de los estratos superiores de la sociedad

En cambio, la fase que inicia con el movimiento de 1780 estuvo expresamente comprometida con la creación de un público extra-parlamentario, quebrando el marco existente de legitimidad política. Así, la agitación abierta de las masas dentro de una nueva práctica de democracia participativa ocurrió sólo en esta segunda etapa, la del jacobinismo inglés propiamente tal. Comparativamente, sus líderes pertenecían a círculos sociales menos prestigiosos. Esta nueva *intelligentsia* jacobina se propuso deliberadamente movilizar a las masas, llevando a cabo "*una confrontación con la cultura plebeya tradicional*" (Lottes, 1979, p. 337) por medio de un trabajo de educación política de las masas: "*en otras palabras, los tumultos, alborotos y música tosca van a ser reemplazadas por las modalidades políticas del panfleto, salas de reuniones, resoluciones y peticiones acompañadas de ser necesario por la democracia disciplinada de una ordenada demostración al aire libre*" (Eley, 1983, p. 765)

Según la tesis de Lottes, de esos esfuerzos surge una nueva esfera pública plebeya, que se nutre de didáctica política, panfletos, folletos y revistas políticas, lecturas públicas de textos. Según Lottes, los jacobinos habrían entrado en una relación directa e igualitaria con su público putativo, sin manipulación ni demagogia. Pero al mismo tiempo, reconoce tácticamente difícil confrontar el "atraso" e intransigencia de la cultura popular que se encuentra a su base.

Habermas va a reconocer en la nueva edición de su libro (1990), que tanto el trabajo de E.P. Thompson como el de Lottes lo ayudaron a profundizar su valoración de la esfera pública plebeya (en cambio, nunca menciona el trabajo de Negt y Kluge, más cercanos cultural y teóricamente). No obstante, pareciera que para Lottes la conformación de la esfera pública plebeya moderna está basada en la cultura popular y sus sujetos, pero al parecer requiere de una vanguardia externa –más dialógica y racional, menos intransigente y "atrasada"– para poder abandonar formas menos estructuradas (¿pre-políticas?) de protesta. De algún modo, estos supuestos también se encuentran en la obra de Negt y Kluge si bien tienen otra salida: lo relevante de lo plebeyo es lo proletario, porque se vincula a la dimensión real de la producción. Suponen así, la necesidad de la economía capitalista moderna para pensar lo que queda fuera de la esfera pública burguesa. En este sentido, pareciera que para todos estos autores la esfera pública plebeya es la única manera que tiene la cultura popular tradicional de ser parte de la estructura de la sociedad moderna, sacrificando las partes de ella que pertenecen a una matriz simbólico-dramática, entendida como constituida por una concepción dicotómica del mundo, pobre en conceptos, pero rica en imágenes (Cfr. Sunkel, 1985, p. 49-50). Todos estos supuestos tienen a su vez consecuencias desde una perspectiva decolonial, como se verá en la última parte del capítulo.

Otra crítica relevante al concepto original de esfera pública plebeya de Habermas se puede encontrar en Calhoun (1992), quien criticó la falta de atención a la esfera pública plebeya como parte de la dificultad para describir adecuadamente el campo completo de fuerzas que están afectando a la esfera pública burguesa: "*Habermas está consciente de esto, pero no es un tema desarrollado profundamente. La esfera pública estaba orientada no sólo hacia la defensa de la sociedad civil contra el Estado, sino también hacia el mantenimiento de un sistema de dominación al interior de la sociedad civil. Aunque también es cierto que a lo largo de su existencia la esfera pública burguesa fue permeada por las demandas desde abajo*" (p. 39). Para ejemplificar esto último, Calhoun se refiere a la libertad de prensa que Habermas describe como intrínseca a la esfera pública burguesa, pero Calhoun le recuerda que llegaron a ser parte de ella por activistas de la llamada esfera pública plebeya (cuestión abordada a su vez en el trabajo de E.P. Thompson y también otros, como Raymond Williams)

El mea culpa de Habermas, los hallazgos de autores como Bajtín, E.P. Thompson, Lottes, Farge y las críticas de Negt y Kluge, J. Thompson, Calhoun, Fraser, Garnham, entre otros, dan sustento a la denuncia de que tanto desde la teoría social, la teoría política y la teoría de la comunicación se ha construido una imagen ideal, fragmentada y homogénea de la esfera pública, que ha minusvalorado aquellos circuitos de debate y comunicación en los cuales no sólo se denunciaba la exclusión por parte del sistema político burgués, sino también la conjunción de intereses entre este sistema político y los de la burguesía económica que circulaban por la esfera pública oficial. En este punto se vuelve adecuado conocer el modo en que desde la teoría de la comunicación alternativa también se produce un acercamiento crítico a la teoría de Habermas, que en cierta medida busca reemplazar el concepto de esfera pública plebeya por el de esfera pública alternativa, bajo unos supuestos que dan cuenta de su diversidad y complejidad interna.

Comunicación alternativa y esfera pública

Durante la segunda mitad de los 70s y primera mitad de los 80s del siglo XX hubo una ola de experiencias y reflexiones sobre medios alternativos en Europa. Hay una vuelta a los trabajos de Brecht sobre la radio (1973) y también una crítica a la visión elitista de la cultura y la comunicación por parte de la izquierda institucionalizada

(Enzensberger, 1974). Se produjo una diseminación de radios (y luego de televisiones) libres como crítica a los monopolios de radio y televisión pública, con una vertiente comercial sobre todo en el ámbito anglosajón y nórdico (Gaido, 1981) y otra más pro-social que criticaba la falsa promesa de representatividad de los medios estatales, principalmente en los países de Europa central (Flichy, 1981). Se produce un proceso de implementación de políticas para el desarrollo de medios y radios comunitarias en varios países (Francia, Bélgica, Inglaterra, Alemania, los Países Bajos), como consecuencia del proceso iniciado por los medios libres (Mattelart y Piemme, 1981). La irrupción de movimientos antinucleares y ecológicos en los 80s también va a generar otra ola de explosión de medios alternativos diversos. De manera que el presente y futuro vaticinado por Habermas a principios de los 60s -el declive de la esfera pública, producto de los medios de masas y la excesiva presencia del Estado en los problemas públicos- parecía tener un desarrollo diferente al presupuestado. Este contexto también coincide (¿causa o efecto?) con un proceso de institucionalización en la academia de los estudios sobre comunicación alternativa, como fue el caso de Radical Media de J.D.H. Downing (1984), que se convertirá en un clásico.

Downing (1988) investigó el caso de los medios alternativos relacionados con el movimiento antinuclear en Alemania y a partir de ahí problematizó el concepto de esfera pública alternativa ["*alternative public realm*"]: "*propuse que una esfera alternativa era empíricamente visible en las organizaciones del movimiento y en la avalancha de libros, panfletos, revistas y folletos antinucleares que circulaban entonces*" (Downing, 2001, p. 29). Un año después, analizando formas de activismo político a través del uso de computadores en el contexto estadounidense, sugeriría que este tipo de experiencias también podrían identificarse como ejemplos de una esfera pública alternativa (Downing, 1989).

Downing acuña este concepto en diálogo con la obra de Habermas, señalando que "public realm" es el modo en que se ha traducido el original concepto alemán de "*Öffentlichkeit*", cuyo sentido original sería "*abierto, público, común*" (Downing, 1988, p. 164). Reemplaza las instituciones señaladas por Habermas -cafés, salones, prensa burguesa- por manifestaciones contemporáneas, tales como librerías, bares, cafeterías, restaurantes, tiendas de comida, en que se desarrollan discusiones y debates sobre los temas presentados por los medios del movimiento antinuclear, destacando el carácter horizontal de los canales de comunicación en circulación.

Asimismo, Downing observa una conexión entre su concepto de esfera pública alternativa y el concepto de esfera pública proletaria de Negt y Kluge. Por una parte, critica su conceptualización un tanto esquemática, pero al mismo tiempo les concede un valor respecto del contexto histórico-social de su publicación: "*había un carácter fuertemente doctrinario y abstractamente utópico en gran parte de su discusión, pero sugirió en principio un importante planteamiento, a saber, la identificación de zonas alternativas para el debate y la reflexión radical al interior de la sociedad actual*" (Downing, 2001, p. 29), con el potencial de "*expandirse al punto de poder suplantar los procesos y estructuras de la esfera pública burguesa*" (Downing, 1988, p. 166).

Tras su análisis de los medios del movimiento antinuclear en Alemania y del fenómeno social de la cultura alternativa que se había generado en torno a ellos, Downing va a señalar que el concepto de esfera pública proletaria de Negt y Kluge podría ser enriquecido una década y media más tarde a partir de estas experiencias contemporáneas de organización de los medios alternativos (ellos no hacían mención del lugar de los medios en esta esfera): "*la escena alternativa se ha movido a la izquierda de su usual carácter altamente universitario y racionalista*" (p. 171). Asimismo, sugería que otra fuente de enriquecimiento del concepto era la relación de la cultura popular con la esfera pública alternativa.

En "*Radical Media: Rebellious Communication and Social Movements*" (2001), Downing retoma algunas de estas ideas, a partir del aporte que le reporta el trabajo de Arato y Cohen (1992), quienes van a sostener que en el contexto post-guerra fría la base de la esfera pública (una sola) son los movimientos sociales: "*la fusión efectiva entre la esfera pública y los movimientos sociales propuestos por Arato y Cohen (1992) aportan, al sentido algo estático y posicional de la esfera pública, precisamente la dimensión cinética (e impugnada) que le falta a esta traducción de* Öffentlichkeit. *Arato y Cohen, sin embargo, no establecen diferencia alguna entre esfera pública y esfera pública alternativa; para ellos, la esfera pública es necesariamente un foro democrático*" (Downing, 2001: 30).

Entonces Downing otorga un valor estratégico a los movimientos sociales en la esfera pública, estableciendo al mismo tiempo una conexión entre medios alternativos radicales y movimientos sociales, ya que constituyen su vía de comunicación: "*los medios radicales alternativos tienen una considerable, si no variable importancia, debido a que son ellos los que típicamente articulan y difunden los asuntos, los análisis y los desafíos de los movimientos*" (p. 30). Una vez asumida esta relación entre medios alternativos y movimientos sociales, Downing pone de manifiesto su complejidad "*no debemos perder de vista ni por un momento el hecho de que esta conversación pública al interior de los movimientos sociales todavía se forma dentro de los poderosos impulsos de las economías capitalistas, los órdenes sociales basados en cuestiones de raza y las culturas patriarcales*" (p. 30).

Downing avanza en su trabajo de 2001 respecto de 1984 por cuanto ve los medios radicales y alternativos como agentes complejos que son un poder en desarrollo y no solamente instituciones de contra-información. También avanza respecto de Calhoun, al conectar tanto los movimientos sociales como la comunicación alternativa con el debate conceptual sobre la esfera pública. Sin embargo, el énfasis en los movimientos sociales de su conceptualización es una fortaleza, pero también una

debilidad: deja fuera ejemplos de medios radicales híbridos (con elementos partidistas, por ejemplo) o de carácter exclusivamente artístico[4].

Atton va a problematizar el concepto de esfera pública alternativa, trayendo para sí el trabajo de Downing, desde una definición de los medios alternativos "*tanto por su capacidad de generar métodos no estandarizados, a menudo infractores, de creación, producción y distribución, así como por sus contenidos*" (2002, p. 4), con un énfasis sobre el concepto de políticas pre-figurativas (de origen anarquista) referido a que las transformaciones a las que se aspira, van cambiando el mundo al ponerlas en práctica. Para Atton, es importante analizar la economía productiva de la comunicación alternativa en relación con una esfera pública alternativa y la analiza desde la perspectiva de los métodos pre-figurativos de organización política.

El autor entra en este tema para demostrar en qué medida la alternatividad, que para algunos puede ser vista como un gueto o como una expresión marginal, al ser vista como un conjunto de prácticas prefigurativas de producción, distribución y circulación de bienes (medios alternativos, en este caso), cambia la perspectiva y "*surge un cuadro muy diferente, donde el aparato social y cultural es tan diverso como el de la esfera pública dominante; donde la discusión, el debate y la promulgación de ideas y opiniones tienen lugar dentro de una compleja estructura articulada de economía, organización y acción social*" (p. 37). Por ejemplo, el uso distribuido o la eliminación del derecho de copia, son prácticas en que deja de existir un control centralizado de los procesos o una propiedad sobre lo creado, de manera que los circuitos de comunicación alternativa tienen un modo de desplegarse no solamente discursivo, sino también en términos materiales. A su vez, son estrategias que ayudan a asegurar la invisibilidad de estas experiencias para los mecanismos e instituciones de control. De esta manera, los medios alternativos crean una esfera pública alternativa no sólo a través de los mensajes que difunden, sino que también a través de sus prácticas: "*el valor de tales proyectos pre-figurativos no procede simplemente de su contenido –desde su actitud hacia las relaciones opresivas de producción que marcan nuestra sociedad– sino de su posición dentro de esas relaciones*" (p. 51).

En esa medida, los medios alternativos son inseparables de la esfera pública alternativa: "*la esfera pública alternativa proporciona oportunidades y salidas para la producción y el consumo de la prensa alternativa, al mismo tiempo que la propia prensa proporciona material que sostiene la función de la esfera como un lugar para la formulación, discusión y debate de ideas radicales y disidentes*" (p. 50).

Más aún, para Atton los medios alternativos estimulan el debate público de temas de interés al plantear una relación más horizontal y participativa con sus comunidades de recepción y referencia. La división entre emisor y receptor se acota y, en ocasiones, también se anula: "*los lectores son capaces de aportar artículos y participar en la toma de decisiones editoriales, llegando incluso a convertirse en editores*" (p. 154). Estas condiciones son claves para mantener una esfera pública fortalecida y en la cual circuitos autónomos de "*experiencias, críticas, información y conocimiento*" (p. 136) puedan circular y hacerse oír. En síntesis, para Atton existe una esfera pública alternativa que incluye los medios alternativos y las políticas pre-figurativas alrededor de ellos. En conexión con los movimientos sociales, pero su valor no sólo se da por su relación con ellos. En esta esfera pública operan "arenas discursivas paralelas", cuyo valor e impacto sobre la profundización de la democracia y la participación no se queda sólo en la esfera pública alternativa, sino que permea a la esfera pública en general de una manera positiva. En cierto sentido, podríamos decir que para Atton la comunicación alternativa del siglo XXI está emparentada con aquellas instituciones burguesas de principios de la modernidad identificadas por Habermas –salones, cafés, prensa ilustrada, también los panfletos en su forma actual de fanzines– en que se dieron condiciones reales de diálogo horizontal entre sujetos y colectivos, pero realizadas al interior de esos espacios que desde la teoría habermasiana podrían ser concebidos como plebeyos.

Downey y Fenton (2003) van a problematizar el concepto de esfera pública alternativa a partir del significado de la caída de la URSS y el desarrollo de las tecnologías digitales. En diálogo crítico con lo señalado por Arato y Cohen (1992/2000) un punto importante para ellos va a ser diferenciar entre sociedad civil y esfera pública: esta última sería la parte de la sociedad civil que problematiza los fundamentos de la vida social en cuanto al ejercicio de la democracia, sus bases sociales y culturales por medio de un discurso crítico efectivo. Pero a su juicio la sociedad civil también puede incluir discursos y acciones políticas opuestas a este propósito: "*una esfera pública política depende de una organización favorable de la sociedad civil. No basta con que haya simplemente sociedad civil*" (p. 192).

En Downey y Fenton hay también una crítica materialista contra la idea esen-

4 En la teoría de la comunicación alternativa de Downing es central el concepto de medios alternativos radicales, concebidos como "medios generalmente de pequeña escala y en muchas diferentes formas, que expresan visiones alternativas a las políticas, prioridades y perspectivas hegemónicas" (2001, p. v). Su visión de la comunicación alternativa dentro de las sociedades modernas es más antropológica y movimientista (2011, p. xxv) que tecnológica, abarcando: "desde el teatro callejero y los murales hasta la danza y el canto [...] y no meramente el uso radical de las tecnologías detrás de la radio, el video, la prensa e internet" (Downing, 2001, p. 8). También incluye "el graffiti, los botones ["chapas"], las camisetas" (p. 51); además de "los carteles, la parodia, la sátira" (p. 52). A su juicio, el valor comunicativo de estas experiencias radica "no en su contundente lógica argumentativa, sino en la fuerza estética que concentran y con la que son concebidas" (p. 52). Otro elemento clave en la teoría de Downing es la relación entre comunicación alternativa y cultura popular, en que este último concepto es concebido como "la matriz genérica de los medios alternativos radicales" (p. 100), relativamente independiente de la agenda de quienes detentan el poder, pero al mismo tiempo, acechada por la cultura de masas, así como con posibilidades de influir sobre ella. Es decir, no como una cultura pura de los subordinados, sino que siempre en permanente tensión e interpelación.

cialista de comunidad, "*las capacidades políticas de las identidades alternativas*" o "*un romanticismo cultural de izquierda que vea todas las formas de expresión cultural de base como 'resistencia'*" (p. 193). Para ello, retoman de Negt y Kluge (1972/1993) el concepto de anti-publicidad (*anti-publicness*). Para estos últimos, lo importante es cambiar las relaciones de producción dentro de la esfera pública. Es decir, no es suficiente con la apropiación alternativa de los discursos dominantes, sino que se debe participar activamente en la "contra-producción" de una práctica mediática alternativa que interviene en la esfera pública dominante.

A partir de esta reflexión, Downey y Fenton adoptan para sí el concepto de esferas contra-públicas desarrollado por Fraser (1992) al menos por dos razones: la primera, porque es un concepto que pluraliza la esfera pública alternativa –remite a discursos paralelos de grupos sociales en posiciones subordinadas– y, en segundo lugar, porque es un término que implica "*desafiar la esfera pública dominante en lugar de simplemente ser independiente de ella*" (p. 193). La hipótesis de los autores, es que en el contexto digital la esfera pública de los medios de comunicación tradicionales se volverá más abierta a la opinión radical como resultado de la coincidencia de las crisis sociales y el crecimiento de las esferas contra-públicas virtuales: "*la relación entre los nuevos medios, las esferas contra-públicas y la esfera pública puede convertirse en el centro de las cuestiones de democracia y legitimidad en los próximos años*" (p. 200).

El concepto de esferas contra-públicas de Fraser va a tener un largo recorrido dentro de la comunicación alternativa, como lo demuestra el trabajo editado por Rodríguez, Kidd y Stein (2009), en que varias experiencias internacionales –las radios de mujeres de base en la India rural, las radios comunitarias multiculturales en Australia, la desaparición de la esfera pública alternativa de la dictadura de Pinochet producto de la desmovilización y las políticas de comunicación neoliberales, las radios indígenas mexicanas, los medios mapuche en Chile, entre otros– son analizadas a partir de esta categoría y su potencialidad para comprender el valor de los medios alternativos, comunitarios, populares, de base y étnicos, son utilizados para vehiculizar los discursos, demandas y reivindicaciones de colectivos en condiciones de subordinación material y cultural. Aunque las autoras reconocen que su investigación no responde "*a esa pregunta más amplia sobre la relación entre medios alternativos, esferas contra-públicas y esferas públicas dominantes, representación y cambio social [...] proporciona detalles sobre la forma en que esos medios contribuyen a una 'multiplicación de fuerzas' para el consiguiente cambio social*" (p. 15).

Más recientemente, el austriaco Christian Fuchs (2014) ha dedicado desde la economía política algunas reflexiones a la noción de esfera pública en virtud de los desafíos planteados por los medios sociales. Fuchs hace una interpretación a contramano de algunos elementos de la tesis habermasiana que otros autores han criticado. Así, señala que al poner el énfasis en el tipo de sujetos legitimados para hablar en la esfera pública –especialmente en el momento de su (presunto) declive–, lo que Habermas resaltó fue "*la materialidad de la esfera pública –cuestiones de control, propiedad y poder [...]*" (p. 1) implicadas en su configuración (educación, recursos materiales, oligopolios). El autor vuelve sobre este punto para cuestionarse la economía política de las plataformas de internet. Es decir, a quién pertenecen y el modo en que ello tiene consecuencias sobre el modo en que contribuyen a la configuración de la esfera pública.

Dicho esto, Fuchs identifica tres contradicciones básicas de las redes sociales digitales: información de los usuarios versus interés económico de las empresas; privacidad de los usuarios versus vigilancia y opacidad del poder; conformación de la esfera pública por parte de la sociedad civil versus su colonización por empresas y Estado. Usando como ejemplo el modelo de medio de sociedad civil de Wikipedia y el modelo de servicio público de BBC online, Fuchs propone que para combatir la colonización de la esfera pública se debe apuntar a un fortalecimiento de iniciativas basadas en la lógica de pares y en el servicio público, que serían financiadas a partir del cobro de un impuesto (por cada transacción, por ejemplo) a las grandes corporaciones de internet: "*Parte de la tasa de los medios se podría utilizar para financiar directamente la presencia online de los servicios de medios públicos. Otra parte se podría destinar al presupuesto participativo para ofrecer un cupón anual a cada ciudadano para que pueda donar a una organización de medios no comercial y sin ánimo de lucro. Las versiones sin ánimo de lucro de Twitter, YouTube y Facebook son gestionadas tanto por instituciones como la BBC como por la sociedad civil y podrían basarse en dicho modelo para cumplir los propósitos de la esfera pública.*" (p. 13).

En síntesis, entre los aportes a la reflexión crítica sobre la esfera pública desde la teoría de la comunicación alternativa se pueden mencionar: la articulación conceptual entre esfera pública, movimientos sociales y medios alternativos; el carácter pre-figurativo y materialista (productivo) de la comunicación; así como un reforzamiento de la dimensión comunicativa no-letrada de la esfera pública y la categoría de contra-públicos subalternos de Fraser. Si bien muchas de estas reflexiones contribuyen a la fundamentación del espacio que ocupan los grupos subalternos en la conformación de la esfera pública, hay un punto en el que estas reflexiones se hacen difíciles de separar respecto del espacio que ocupan las redes sociales digitales, producto de los propios desarrollos tecnológicos y su impacto sobre formas previas de comunicación.

Esfera pública, historia y perspectiva decolonial

Este capítulo ha documentado, hasta ahora, la reflexión crítica en torno al concepto de esfera pública desarrollada desde la realidad de los países europeos y anglosajones,

así como por autores de esta procedencia y formación. En la medida que la teoría habermasiana posee una dimensión normativa y una dimensión histórica, no es trivial preguntarse acerca de las verdaderas posibilidades de aplicar sus implicancias y supuestos a la realidad latinoamericana y, específicamente, al caso de Chile.

¿Es posible aplicar la lectura que hace Habermas de la esfera pública en la Europa central e Inglaterra, fuera de este espacio? ¿Cuál es la validez de la teoría de la esfera pública habermasiana en el contexto latinoamericano? ¿Sirve para pensar la constitución de la opinión pública en "lo otro" de Europa? ¿Cómo se comportan y se han comportado históricamente en América Latina la esfera pública burguesa y la esfera pública plebeya? ¿Es posible hacer la misma lectura histórica sobre el declive de la esfera pública en los países desarrollados que en los países latinoamericanos? ¿Cuáles son los fallos y aciertos en el análisis histórico y conceptual habermasiano (y sus críticos estadounidenses y europeos) cuando miramos un caso como el de Chile? ¿Qué características históricas particulares encontramos en la esfera pública chilena de los últimos tres siglos? ¿Qué batería conceptual puede contribuir mejorar nuestra comprensión histórica de la esfera pública realmente existente en Chile? Estas son algunas de las preguntas que surgen al hacer una reflexión situada. Más aún, cuando volvemos sobre las particulares condiciones de recepción del trabajo de Habermas en el continente (dictaduras, instauración neoliberal y recesión económica) y sobre las pocas traducciones al castellano de algunos trabajos críticos importantes como los de Negt y Kluge, Farge, Calhoun o Arton.

Para dejar planteadas al menos algunas ideas sobre las cuales seguir profundizando es importante abordar estas cuestiones en términos analíticos como históricos.

En términos analíticos, la reflexión más radical sobre este punto proviene del pensamiento decolonial. Según Escobar (2007, p. 370), en toda la teoría de Habermas, *"el Tercer Mundo no tiene lugar, porque tarde o temprano se verá transformado por completo por las presiones de la reflexividad, el universalismo y la individuación que definen la modernidad"*. Por lo tanto, en el contexto latinoamericano, visto desde Europa, no cabe aplicar ninguna especificidad al momento de analizar la constitución de la esfera pública. Para Mignolo (2010), por su parte, en Habermas la modernidad es un fenómeno esencialmente o exclusivamente europeo, si bien constituido en una relación dialéctica con la alteridad no europea. Esto tiene como consecuencia que *"si su comprensión de la genealogía de la modernidad es tan parcial y provincial, sus intentos de crítica o de defensa de la misma son así mismo unilaterales y en parte, falsas"* (p. 18). Según Mignolo, en Habermas el discurso filosófico de la modernidad está articulado en torno a la posibilidad de la emancipación humana por medio de la razón. La esfera pública burguesa sería el espacio de despliegue de la razón moderna (por eso la importancia que tiene para Habermas la lectura y el diálogo razonado dentro de este espacio). Sin embargo, este razonamiento *"invisibiliza el lado más oscuro de la modernidad, esto es, la colonialidad"* (p. 56); es decir, que la exportación del modelo europeo de libertad de la subjetividad, allí donde fue, reprodujo –en contra de los pueblos y sujetos considerados bárbaros y subdesarrollados– el mismo mecanismo de exclusión y diferenciación contra el cual antes intentó liberarse la burguesía. Esto a su vez tiene consecuencias, por ejemplo, en el modo en que las elites criollo-mestizas en América Latina han hecho uso de las tesis habermasianas para mantener sus posiciones de prestigio, privilegios y poder.

Steininger (2008.), aporta una reflexión que refuerza la crítica decolonial al señalar que en ninguna de las lenguas europeas existió una expresión equivalente a esfera pública antes del siglo XVIII. Citando a Hölscher, sostiene que esfera pública *"es uno de aquellos conceptos revolucionarios de fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX que la filosofía de la ilustración convirtió en arma de propaganda política"* (p. 1).

Con respecto a la pregunta sobre si es posible escribir una historia de la esfera pública en América Latina en el modo en que lo hace Habermas respecto de Europa e Inglaterra, Piccato (2010, p. 165) dice que la respuesta es *"un sí prudente"*. Los historiadores latinoamericanistas han llevado esta pregunta a las primeras fases de la vida independiente en la región, que se remontan a la primera mitad del siglo XIX. Uno de los trabajos más citados al respecto corresponde al de François-Xavier Guerra (1992), quien pone la noción de esfera pública en el centro del proceso de construcción de las naciones iberoamericanas. En la tesis de este autor, la sociabilidad de la élite mestizo-criolla (sus formas culturales y redes sociales digitales) fueron la clave de la experiencia hispanoamericana de esfera pública, que habría sido creada a partir de un grupo de "hombres de la palabra y de la pluma" (p. 91). En este contexto, la construcción de los Estados luego de las guerras de Independencia forma parte de un proceso civilizatorio en el que se pretende introducir de manera paulatina (y renegando de su propia cultura y sociabilidad, se entiende) a los sectores plebeyos. Ante esta lectura, la crítica de Piccato es que la lectura de Guerra está desconectada de elementos de clase, de sus intereses y relaciones económicas. Del mismo modo, señala una serie de otros trabajados recientes en que los historiadores culturales de este período hacen una crítica de la teleología de la modernización y un relato menos optimista de una transición de las viejas estructuras a una modernidad híbrida: *"el discurso político continuó siendo generado dentro de una estructura virreinal y de acuerdo a un imaginario corporativo"* (Piccato, 2010, p. 173), *"estructurada por instituciones e intereses coloniales"* (p. 178), al punto que *"la independencia no puede caracterizarse como una 'mutación cultural' democrática, sino como una renovación paradójica del monarquismo a través del republicanismo"* (p. 173). Otro elemento que critica este autor es que tanto Guerra como los latinoamericanistas estadounidenses

"con demasiada facilidad leen *'la esfera pública' como 'Ilustración'*" (p. 176) y eluden la pregunta sobre la existencia de una esfera pública antes de los procesos de Independencia. Omisión similar observa respecto de "*el fuerte componente étnico del compromiso político revolucionario*" (p. 178).

Al respecto, Piccato destaca el trabajo de Forment (2003), quien basándose en una extensa base de datos de asociaciones cívicas y medios impresos en México y Perú, establece a la esfera pública, junto con la sociedad política, la sociedad económica y la sociedad civil, como uno de los "terrenos públicos" sobre los cuales la democracia latinoamericana prosperó durante el siglo XIX: "*en su opinión, la esfera pública hace posible la comunicación entre los otros dominios de la democracia; si, por ejemplo, la sociedad civil tiene un impacto en los procesos económicos y en la toma de decisiones, sólo puede hacerlo a través de la esfera pública*" (p. 183). El punto final de la argumentación de Piccato apunta a enriquecer la reflexión y el trabajo historiográfico en torno a la esfera pública en América Latina utilizando el concepto gramsciano de hegemonía, dadas las posibilidades que otorga para la comprensión de la relación entre cultura y política, así como su contribución a los estudios subalternos y los estudios culturales.

En el contexto chileno, se observan algunos trabajos históricos sobre la construcción de la opinión pública en la primera mitad del siglo XIX que son concordantes con lo señalado por Piccato.

González (1999) entra de lleno a la problematización de la teoría de la esfera pública de Habermas a partir de los usos del impreso como soporte de la opinión en el contexto de un país latinoamericano. Específicamente, en relación a la llamada "literatura injuriosa". Sosteniendo que la particular utilización del principio de publicidad para dirimir litigios intersociales, en forma de disputa por ganar la opinión de un público reducido a la élite que sabía leer, permitió "*fundar, sobre bases republicanas, el principio del reconocimiento social de una jerarquía, a partir del principio de derecho natural*" (p. 233). Para la autora, el modelo de esfera pública burguesa de Habermas "*se adapta difícilmente a las realidades sociales, culturales y políticas del mundo hispánico*" (p. 235). Al menos por 3 razones: el uso de los espacios urbanos, el rol del Estado y el lugar de la religión, incluso con posterioridad a la Independencia. Este contexto restringió en gran medida la libertad de impresión. Por ejemplo, "*al sancionar como abuso de la libertad de imprenta todo ataque al dogma de la Religión Católica*" (p. 246). Por el contrario, el impreso se utilizó extendidamente para la puesta en circulación de una literatura de opinión, "*más próxima al juicio parcial que al razonamiento individual*" (p. 247), que incluía géneros como las refutaciones, vindicaciones y defensas, así como posibilitó la multiplicación de disputas por la opinión del público en asuntos que tocan a la buena reputación de las familias: "*la publicidad está aquí directamente ligada a la defensa de la reputación, que tiene que*

ver más con el reconocimiento de un lugar en la jerarquía social que con el estado constitucional burgués habermasiano" (p. 252). Lo novedoso en el contexto republicano no es el delito de injurias, sino "*que los problemas de atentados a la reputación y al buen nombre de una persona se traten a partir de la nueva legislación sobre derechos cívicos*" (p. 252).

Entonces, para González, el problema que se le presenta a las élites criollas en el nuevo contexto republicano es cómo garantizar sus privilegios en este nuevo escenario. A su juicio, la relevancia que ocupa el texto impreso centrado en la reputación durante la primera mitad del siglo XIX da cuenta "*de un mecanismo que permite fundar sobre bases republicanas el principio del reconocimiento social de una jerarquía, cuyos fundamentos van contra los principios básicos de la república que se intenta instaurar*" (p. 257). Lo público queda así restringido al propio círculo de la élite: "*el público de la injuria, para poder cumplir su función social, debe quedar necesariamente reducido al de la 'gente decente'*".

Por su parte, los trabajos de Desramé (1998) y Olguín (2012), se abocan a caracterizar las comunidades de lectores de la primera mitad del siglo XIX. Según la primera, la aparición de la imprenta no eliminó las anteriores maneras de leer, que privilegiaban la memoria y la oratoria. Olguín también describe como características de este periodo la lectura a viva voz del catecismo y de los bandos de gobierno – "*hasta mediados de la década de 1820 los niños aprendían a leer exclusivamente con obras de fundamento religioso-tradicional*" (2012, p. 6) –, mientras que la lectura de la prensa en salones y tertulias era poco habitual: "*en Valparaíso, por ejemplo, en los cafés ni siquiera se podían consultar periódicos, simplemente no los ofrecían*" (p. 10). A lo cual se debe agregar que la prensa contaba con un subsidio estatal, pues de otro modo la lectura de periódicos habría aún más difícil de instaurar.

Para Olguín, el paso del Chile colonial al Chile moderno suponía "*formar ciudadanos 'nuevos', es decir, informados, con derechos y deberes, al interior de espacios abiertos de sociabilidad política. Ampliar la ciudadanía, desde la 'aristocracia' al bajo pueblo*" (p. 4). Sin embargo, constata que "*en el Chile de entonces la transformación del bajo pueblo en ciudadanos fue prácticamente nula. Por ejemplo, los esfuerzos en educación estuvieron centrados en la especialización y civilización de los jóvenes varones provenientes de la misma capa dirigente*" (p. 4). De manera que el bajo pueblo fue puesto en una situación de tutela cultural y política, dentro de esta esfera pública que era al mismo tiempo republicana y estamental.

Si bien estos tres autores mantienen un diálogo con algunos supuestos de la esfera pública habermasiana, ninguno de ellos llega a enunciar el concepto de esfera pública plebeya. Esto es posible atribuirlo al propio recorte de la realidad que realizan, más centrado en lo que ocurre al interior de las élites o desde estas hacia el resto de la sociedad (si bien es cierto que, particularmente respeto de la primera mitad del

siglo XIX, es muy difícil encontrar testimonios en primera persona de los sectores subalternos).

Excepcionalmente, podemos citar al respecto la investigación de Santa Cruz (2010), quien ha historizado el surgimiento de una "esfera pública plebeya" en Chile, a partir de las últimas décadas del siglo XIX, en que confluyeron, por una parte, la emergencia de un proletariado urbano expansivo y, por otra, el giro de los medios periodísticos desde una posición elitista y pedagógico-política a una más masiva, comercial y magazinesca. Santa Cruz sostiene que al interior de esa esfera coexistieron tres circuitos informativo-periodísticos orientados a los sectores populares: uno masivo, uno obrero y uno popular, representados, respectivamente, por la prensa social-católica, la mutualista y la literatura de cordel (o "lira popular"). Sin embargo, su apropiación del concepto plebeyo es más bien descriptiva y no problematiza plenamente las implicancias de su uso.

Estas referencias de investigaciones históricas situadas en el contexto chileno constituyen un esbozo de problematización contextualizada de algunas cuestiones planteadas a nivel teórico por los diversos autores señalados previamente. Queda pendiente seguir indagando en su profundización y continuidad hasta el presente.

Conclusiones

El concepto de esfera pública burguesa es un concepto limitado en varios sentidos (género, clase, raza, "lecto-escritura", propiedad). El concepto de esfera pública plebeya, con el que Habermas pretende "incluir" a la gente común, también es un concepto limitado. Incluso a pesar de su mayor reconocimiento posterior por parte del autor. Conceptos que buscan superar a este último, como el de esfera pública proletaria, no resuelven plenamente las limitaciones originales y plantean nuevos nudos.

La esfera pública moderna no se agota en las formas de expresión y discursividad de los sectores ilustrados: también está constituida por sectores no-ilustrados, así como por el despliegue de elementos performativos y emocionales. A este respecto, la teoría de la comunicación alternativa y el concepto de contra-públicos subalternos brindan herramientas útiles tanto para el análisis histórico como para la perspectiva analítica misma.

La teleología planteada por Habermas (ocaso de la esfera pública producto de la ampliación de la industria cultural) contradice hechos históricamente situados, como el movimiento de medios libres a partir de los 70s, el movimiento ambientalista y antinuclear en los 80s o los movimientos sociales de 2011 que recorrieron diversos países del mundo y hasta hoy siguen generando consecuencias transformadoras. Los momentos de crisis permiten que nuevas fuerzas sociales participen en los debates públicos incorporando nuevos elementos de discusión y de conflicto, con lo cual la esfera pública no solo está constituida por las formas de comunicación dirigidas hacia el consenso.

Queda pendiente una mayor articulación entre la historia de la comunicación alternativa más allá de los medios en soportes tecnológicos masivos (performatividad y corporalidad, por ejemplo) y la investigación aplicada sobre el modo en que se desenvuelve la esfera pública y los contra-públicos subalternos, dentro de una perspectiva materialista. Aún desde la teoría social y desde la historiografía hay una fuerte tendencia a asociar esfera pública y prensa escrita.

Desde la perspectiva latinoamericana, la perspectiva decolonial permite mantener la alerta respecto de la especificidad de los procesos culturales, económicos y políticos fuera del contexto europeo y sus consecuencias sobre las diferencias y similitudes en la constitución de esferas públicas nacionales y regionales. Se hace urgente y necesario seguir reflexionando sobre esto en el contexto chileno.

Bibliografía

Adorno, T. y Horkheimer, M. (2007). *Dialéctica de la Ilustración. Obra Completa 3*. Madrid: Akal. (Trabajo original publicado en 1981).

Atton, C. (2002). *Alternative Media*. London: Sage.

Arato, A. y Cohen, J. (2000). *Sociedad Civil y Teoría Política*. México: FCE. (Trabajo original publicado en 1992).

Baker, K.M. (1992). Defining the Public Sphere in Eighteenth-Century France: Variations on a Theme by Habermas. En C. Calhoun (ed.), *Habermas and the Public Sphere* (pp. 181-211). Cambridge, MA: MIT Press.

Brecht, B. (1973). Teorías de la radio (1927-1932). La radio: ¿un descubrimiento antediluviano? En J. Fontcuberta (ed.), *El compromiso social en literatura y arte*. Barcelona: Península.

Calhoun, C. (ed.) (1992). *Habermas and the Public Sphere*. Cambridge, MA: MIT Press.

Cases, V. (2009). El nacimiento de la opinión pública: problemas, debates, perspectivas. *Res Pública*, 21, 149-156.

Desramé, C. (2008). La comunidad de lectores y la formación del espacio público en el Chile revolucionario: de la cultura del manuscrito al reino de la prensa (1808-1833), en F.X. Guerra (ed.), *Los espacios públicos en Iberoamérica: ambigüedades y problemas (siglos XVIII-XIX)*. México: Centro de estudios mexicanos y centroamericanos.

Downey, J. y Fenton, N. (2003). New media, counterpublicity and the public sphere. *New Media and Society*, 5, 2: 185-202.

Downing, J.D.H. (1984): *Radical media: the political experience of alternative communication*. Boston, MA: South End Press.

Downing, J.D.H. (1988). The Alternative Public Realm: the Organization of the 1980s Anti-nuclear Press in West Germany and Britain. Media. *Culture and Society*, 10, 163-181.

Downing, J.D.H. (1989). Computers for political change. PeaceNet and public data access. *Journal of Communication*, 39, 3, 154-162.

Downing, J.D.H.; Villareal Ford, T; Gil, G.; Stein, L. (2001). *Rádical Media: Rebellious Communication and Social Movements*. London: Sage.

Downing, J.D.H. (2011). *Encyclopedia of Social Movement Media*. Singapur - Nueva York - Nueva Delhi - California: Sage.

Eley, G. (1983). Günther Lottes. Politische Aufklärung und plebejisches Publikum. Zur Theorie und Praxis des englischen Radikalismus im späten 18. Jahrhundert. *Archive für Sozialgeschichte*, 23, 763-767.

Enzensberger, H. M. (1974). *Elementos para una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona: Anagrama (2ª edición en castellano).

Escobar, A. (2007). *La Invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Caracas: Fundación Editorial el perro y la rana. (Trabajo original publicado en 1998).

Farge, A. (1992). *Dire et mal dire. L'Opinion publique au XVIIIe siècle*. Paris: Seuil.

Flichy, P. (1981). La explosión del monólogo. Las radios paralelas en la Europa occidental, en Ll. Bassets (ed.), *De las ondas rojas a las radios libres* (pp. 180 – 188.). Barcelona: Gustavo Gili.

Forment, C.A. (2003). *Democracy in Latin America, 1760–1900*. Chicago: University of Chicago Press.

Fraser, N. (1992). Rethinking the Public Sphere: A Contribution to the Critique of Actually Existing Democracy, en C. Calhoun (ed.), *Habermas and the Public Sphere*. (pp. 109-142). Cambridge, MA: MIT Press.

Fuchs, Ch. (2014). Retos para la democracia. Medios sociales y esfera pública. *TELOS*, 98.

Galdo, M. (1981). "Los orígenes: la FM, los disc-jockeys y las radios piratas", en Ll. Bassets (ed.). *De las ondas rojas a las radios libres*. (pp. 157 – 179). Barcelona: Gustavo Gili.

Garnham, N. (1992) "The Media and the Public Sphere", in C. Calhoun (ed.), *Habermas and the Public Sphere*. (pp. 359–376). Cambridge, MA: MIT Press.

González, P. (1999). Literatura injuriosa y opinión pública en Santiago de Chile durante la primera mitad del siglo XIX. *Estudios Públicos*, 76, pp. 233-262.

Guerra, F.X. (1992). *Guerra, Modernidad e independencias: Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Madrid: MAPFRE.

Habermas, J. (1974). The Public Sphere: An Encyclopedia Article (1964). *New German Critique*, 3, pp. 49-55.

Habermas, J. (1981). Historia y Crítica de la Opinión Pública. Barcelona: Gustavo Gili. (Trabajo original publicado en 1962).

Habermas, J. (2002). *Historia y Crítica de la Opinión Pública. Prólogo a la nueva edición alemana de 1990*. Barcelona: Gustavo Gili. (Trabajo original publicado en 1990).

Hanada, T. (2002). Una aproximación conceptual a la esfera pública. En José Vidal-Beneyto (ed.). *La Ventana Global*. Madrid: Editorial Taurus.

Holder, S. (2009). À la découverte d'Oskar Negt et du courant chaud de la théorie critique. *Revue Carré rouge*, 41.

Lottes, G. (1979). Politische Aufklärung und plebejisches Publikum. Zur Theorie und Praxis des englischen Radikalismus im späten 18. Jahrhundert. Munich: Viena: Oldenbourg.

Martelart, A. y Siegelaub, S. (1985). *Communication and Class Struggle V2. Liberation, Socialism*. New York – Banyolet: IG/IMMRC

Martelart, A. y Piemme, J.M. (1981). *La televisión alternativa*. Barcelona: Anagrama.

Martelart, A. (2007). *La Invención de La Comunicación*. México: Siglo XXI Editores. (Trabajo original publicado en 1994).

Mignolo, W. (2010). *Desobediencia Epistémica*. Buenos Aires: Ediciones del Signo.

Negt, O. y Kluge. (1993). *Public Sphere and Experience. Toward an Analysis of the Bourgeois and Proletarian Public Sphere*. Minneapolis: University of Minnesota Press. (Trabajo original publicado en 1972).

Olguín, J.P. (2012). *Del bullicio al silencio. Aproximación a los comportamientos y prácticas de lectura al interior de la naciente opinión pública chilena a principios del siglo XIX. La mirada crítica de los extranjeros en Chile*. Documento de trabajo.

Piccato, P. (2010). Public sphere in Latin America: a map of the historiography. *Social History*, 35, 2, pp. 165-192.

Pinter, A. (2004). Public Sphere and History: Historian's Response to Habermas on the "Worth" of the Past. *Journal of Communication Inquiry*, 28, 3, pp. 217-232.

Rodríguez, C.; Kidd, D. & Stein, L., eds. (2009). *Making our Media. Toward a Democratic Public Sphere*. New Jersey: Hampton Press.

Santa Cruz A., E. (2010). *La prensa chilena en el siglo XIX: Patricios, letrados, burgueses y plebeyos*. Santiago: Editorial Universitaria

Schudson, M (1992). Was There Ever a Public Sphere? If so, When? Reflections on the American Case, en C. Calhoun (ed.), *Habermas and the Public Sphere* (pp. 143-163). Cambridge, MA: MIT Press.

Steininger, Ch. (2008). The Public Sphere and the Theory of Public Goods. Conferencia de la Asociación Europea de Investigación y Educación en Comunicación (ECREA). Barcelona, 28 de noviembre.

Sunkel, G. (1985). *Razón y Pasión en la prensa popular*. Santiago: ILET.

Thompson, E.P. (2012). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid: Capitán Swing. (Trabajo original publicado en 1963).

Thompson, J. (1995). The Theory of the Public Sphere. *Theory, Culture and Society*, 10, pp. 173-189.

Thompson, J. (1998). *Los medios y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós.

Venegas, E., Gainza, C., Cottet, P., Cumsille, G., Sáez, C., Jiménez, J., & Asturga, M. (2015). Elementos para la investigación crítica y compleja de la opinión pública en Chile. *Anuario Electrónico de Estudios en Comunicación Social "Disertaciones"*, 8, 2, pp. 8-27.

VV.AA. (2001). *Modos de Hacer. Arte crítico, esfera pública y acción directa*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.

Warner, M. (1992). The Mass Public and the Mass Subject, en C. Calhoun (ed.). *Habermas and the Public Sphere*. (pp. 143-163). Cambridge, MA: MIT Press.